

¿Microfascismos?

Sexualidades, *fake news* y nuevas derechas (Trump-Bolsonaro)

Camila Arbuét Osuna* y Sofía Cáceres Soforza**

* Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina / Universidad Autónoma de Entre Ríos, Argentina

** Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina

Fecha de recepción: 15-9-2019

Fecha de aceptación: 20-10-2019

Resumen

En las campañas electorales de Donald Trump y de Jair Bolsonaro, así como en sus actuales gobiernos, los discursos sexistas, racistas, clasistas y de odio viralizados por las redes han ocupado la escena pública como presentación de las nuevas derechas. Tanto por la inusitada explicitación de estos discursos, como por el nivel de movilización contestataria de los feminismos y las disidencias sexuales, sabemos que estamos ante un fenómeno nuevo. Nos interesa preguntarnos: ¿cuál es el correlato entre las amenazas sexistas y xenófobas de los discursos de campaña y ciertas políticas estatales? ¿qué lugar tienen las nuevas tecnologías de (des)información en la producción de pánico sexual? ¿hay un uso sexista de las *fake news*? ¿qué distancias se están planteando entre sobrevivir y resistir los feminismos y las disidencias sexuales? Mediante estas preguntas y algunas otras este artículo indaga en cómo en las campañas de Trump y Bolsonaro el ataque masivo a lo que la derecha ha llamado “ideología de género” –cuyo soporte principal ha sido *Facebook*, *Twitter* y *WhatsApp*– se convirtió en un importante catalizador y elemento de capitalización de poder político. Conceptualmente, este análisis tensiona la utilidad de la noción de “microfascismo” para explicar este reverdecer de la ultraderecha.

Palabras clave: Sexualidades - Fake news - Microfascismos - Tump - Bolsonaro

Abstract

During Donald Trump's and Jair Bolsonaro's campaigns, as well as in their current administrations, sexist, racist, classist and hateful narratives viralized by the social medias have taken over the public arena as an incarnation of the New Right. The unusually explicit character of these discourses, together with the counterreaction of feminist and sexual non-conforming groups, account for the emergence of a completely new phenomenon. In this context, we intend to pose the following questions: What is the correlation between the sexist and xenophobic threats made during Trump's and Bolsonaro's campaigns and the certain public policies they enforced once in power? What role do (mis)information technologies play in this process? Is there a sexist use of fake news? What distances separate survival from resistance in feminism and sexual dissident organizations? Through these and other questions, this paper aims to explore the ways in which during both campaigns the large-scale attack against what the Right calls “gender ideology” –whose main support has been Facebook, Twitter and WhatsApp– became an important driving force and an element of

political power capitalization. By comparing them, our analysis intends to test the usefulness of the notion of “micro fascism” to explain the resurgence of the extreme Right.

Keywords: Sexualities - Fake news - Microfascisms - Tump - Bolsonaro

Resumo

Nas campanhas eleitorais de Donald Trump e Jair Bolsonaro, bem como em seus governos atuais, discursos sexistas, racistas, classistas e odiosos viralizados pelas redes ocuparam a cena pública como uma apresentação dos novos direitos. Tanto pela explicação incomum desses discursos, como pelo nível de mobilização de protestos de feministas e dissidentes sexuais, sabemos que estamos diante de um novo fenômeno. Estamos interessados em nos perguntar: qual a correlação entre as ameaças sexistas e xenófobas dos discursos da campanha e e certas políticas estatais? Que lugar as novas tecnologias (da informação) têm na produção de pânico sexual? Existe um uso sexista de notícias falsas? Quais são as distâncias entre feministas sobreviventes e resistentes e dissidência sexual? Por meio dessas perguntas e de algumas outras, este artigo investiga como, nas campanhas de Trump e Bolsonaro, o massivo ataque ao que a direita chamou de “ideologia de gênero” –cujo principal apoio foi o *Facebook*, *Twitter* e *Whatsapp*– se tornou um importante elemento catalisador e de capitalização do poder político. Conceitualmente, essa análise enfatiza a utilidade da noção de “microfascismo” para explicar esse esverdeamento da extrema direita.

Palavras-chave: Sexualidades - Fake news - Microfascismos - Tump - Bolsonaro

El presente artículo busca indagar en cómo desde las campañas de Donald Trump y Jair Bolsonaro el ataque masivo a lo que la derecha ha llamado “ideología de género” (Butler, 2019) se convirtió en un importante catalizador y elemento de capitalización de poder político; mapeando la correlación final entre esas promesas reaccionarias y la posibilidad real de desarrollo de políticas fascistas sexistas en sus gobiernos. Nos proponemos a partir de este análisis problematizar la noción de “microfascismo” (Deleuze y Guattari, 2002; Guattari, 2017) para explicar este reverdecer de la ultraderecha y, al calor de esa tensión conceptual, deseamos revisar críticamente las evaluaciones y diagnósticos que se están haciendo sobre las formas de resistencia de los movimientos feministas y queer/cuir en estos dos países. En esta búsqueda, intentaremos desarmar el discurso de la “derechización de la sociedad” como elemento explicativo de la reacción, en el caso de Brasil muy fuertemente ligado a disquisiciones sobre el carácter tanático y futurista de una sociedad caníbal (Garramuño, 2019) y en el caso estadounidense vinculadas al terror frente a la crisis como elemento supuestamente determinante de un giro hacia el proteccionismo supremacista, sexista, virilizante y blanco.

En cuanto al trabajo comparativo entre los discursos y las prácticas sexistas de los gobiernos de Trump y Bolsonaro, rastreadremos en ambos casos los puntos de contacto que asumieron las contiendas electorales en torno a dichas temáticas y el lugar que las fake news ocuparon. Asimismo destacamos la relevancia de la comparación porque consideramos que ambos procesos se sostienen en una muy particular forma de configuración neoliberal autoritaria, “En el neoliberalismo punitivo, la dependencia económica y el fracaso moral se enredan en forma de deuda, produciendo una afección melancólica en la que gobiernos y sociedades liberan el odio y la violencia sobre miembros de su propia población” (Davies, 2016: 139). Esta comparación podría explicar, en parte, cómo es que ambas victorias electorales tomaron completamente desprevenidos a los analistas políticos. Este trabajo no perderá de vista que los contextos económicos y sociales frente a la crisis de ambos países son considerablemente distintos, así como sus tradiciones políticas aunque consideramos que las diferencias son, a su vez, tanto más fértiles que las semejanzas para identificar las particularidades. Por otra parte, como variable transversal para el análisis de ambos contextos pensamos el desarrollo de dos formas de violencia que componen la gubernamentalidad neoliberal: el performateo constante y micropolítico de las subjetividades, junto con las formas represivas estatales y paraestatales más brutales. A lo largo del artículo volveremos sobre esta complementariedad y sus modulaciones específicas en cada escenario nacional.

Las fuentes a través de las que estructuraremos esta investigación son en su mayoría declaraciones y afirmaciones sostenidas y difundidas por diversas redes sociales (Facebook, Twitter y WhatsApp) que fueron las dilectas para desarrollar las campañas y luego los gobiernos de ambos candidatos.

Pánico sexual y pánico moral como dispositivos de gobierno

La sexualidad ha sido, desde la invención de la noción misma de campaña política, un potente instrumento persuasivo y disuasivo propio de la retórica electoral, incluso cuando la “elección” no se enmarcaba en los registros de las pujas democráticas liberales. La injuria sexual como elemento de corrosión del poder político pero también como poderoso dispositivo activador de los afectos negativos y moralizantes del pueblo es inherente a la ficción misma del “pueblo” (Morgan, 2006), que lejos está de ser asexual. Desde los libelos del siglo XVIII a los juicios actuales por abuso sexual/de poder de funcionarios y figuras políticas, el sexo en tanto promesa normativa de control público es la plataforma implícita que pervive en estructuras partidarias e ideológicas que ya no tienen plataforma alguna. Y así como afirmamos que el sexo es político (Rubin, 1989) debemos afirmar que toda política es sexual, es decir, está sexo-genéricamente inscrita y es enunciada desde una discursividad que ya ha negociado los umbrales públicamente defendibles e ideológicamente “permisibles” entre normalidad y abyección. Esta característica, sin embargo, cobra otros matices cuando lo que se vigila no es sólo la sexualidad representativa, hegemónica, encarnada en esas figuras públicas, sino cuando esa promesa activa de control y producción se expande como catalizador de campaña y de gobierno hacia la población, de manera explícita, asertiva y electoralmente plebiscitada. En

tales casos estamos frente a nuevas oleadas de pánico sexual (Vance, 1989; Daich, 2013) como forma de gobierno, un pánico producido a voluntad, que permite ejercer el control social, aprobar legislaciones represivas, recortar presupuesto social en salud y educación y criminalizar la protesta; todo en intensidades de violencia explícita (que son registradas, apoyadas y socializadas) que habitualmente no son requeridas por la gubernamentalidad neoliberal.

La selección de los grupos feministas y LGTBTTTIQ como colectivos “marginalizados” a demonizar alude no sólo a la escalada de esta oposición –y a su relativamente reciente masivización– frente a los aparatos neoliberales sino, también, a la centralidad que el trabajo sobre las políticas de las emociones ha cobrado en el análisis y en el hacer de las micropolíticas. Es decir, al lugar de esos importantes corrimientos –sostenidos por la acción insistente de los activismos y movimientos sociales– en los procesos de subjetivación que han sido y están siendo posibles mediante pequeñas modificaciones cotidianas –en el lenguaje, en los gestos, en las formas, en las prácticas mínimas y esenciales para hacer una vida soportable–, siempre con mucha fragilidad (Rolnik, 2009) pero con conmovedora permeabilidad en las nuevas generaciones. Por ende, lo que observamos, como en otros momentos de efervescencia del pánico sexual, es una disputa por la educación de lxs niñxs, jóvenes y adolescentes. Una contraofensiva especialmente dirigida al terreno de los signos, blindada en emoticones y *keywords* repetidas hasta el hartazgo en las redes sociales. La campaña de Bolsonaro abre con él haciendo que una niña de pocos años haga el signo del disparo que será la marca de su gobierno, mientras remata con el slogan “no hay mejor delincuente que el delincuente muerto”. Asimismo se subraya el carácter “patriótico y cristiano” (dice el diputado de Río de Janeiro, Waldir Soares) del signo.

Sexualidad y niñez, esas dos nociones imbricadas que sin embargo no deben ser enunciadas juntas sin la palabra “peligro” a riesgo de ser señalado como prevertidx (Rubin, 1989), forman parte de los inicios de las propagandas contra la “ideología de género” de Trump y Bolsonaro como analizaremos a continuación.

En el caso de Brasil, la campaña electoral se encargó rápidamente de la demonización del programa del Ministerio de Educación, *Escola sem homofobia*, implementado en el marco de proyecto LGTBTTTIQ contra la violencia sexual *Brasil sem homofobia* (2004) y cuyo material ya había sido detenido –dadas las controversias con los congresistas evangelistas– por la ex presidenta Dilma Rousseff en 2011. Dicho programa de educación sexual integral fue nombrado por el actual presidente como “kit gay” y denunciado por promover el adoctrinamiento sexual “desviado”. En los enfáticos videos subidos a las redes, Bolsonaro miente explícitamente señalando como material un libro que no es distribuido por el Ministerio, diciendo que el programa es para niñxs de 6 años –cuando el material es para docentes y para estudiantes del secundario– y apuntando al ministro de educación –su contrincante electoral, Fernando Haddad– como el responsable de pervertir la infancia, “incentivando la homosexualidad y la promiscuidad” y exponiendo a lxs niñxs como “presas fáciles para pedófilos”. Del material pedagógico audiovisual, que cuenta con tres historias de disidencias sexuales adolescentes, llama la atención que la más recurrentemente atacada por la reacción evangélica sea la de la bisexualidad titulada *Probabilidade*. Un corto que, como su título indica, está signado por la posibilidad de movilidad, deriva, de las experiencias sexuales, siempre situadas material y afectivamente. El video altera a la reacción porque en su simplicidad perturba el constante esfuerzo político de distinción pública y registrable, de la división entre lo normal y lo abyecto. La oposición evangélica lee que este corto expone que “una persona bisexual tendría casi una chance del 50% mayor de ser feliz, encontrando un(a) compañero(a)” ingresando así el carácter incómodamente “conveniente” de los desplazamientos y libertades sexo-afectivas.

Tan impresionante como la falta de penalización de estas calumnias en plena campaña, donde el Tribunal Superior Electoral sólo atinó a requerir que los videos de Bolsonaro sean removidos de la web, es la direccionalidad social de esta amenaza: mientras que la defensa de una infancia heterosexual, sexista, blanca y clasemediera se torna la punta de lanza del pánico sexual, la funcionaria del Ministerio de la Mujer, la pastora Damares Alves, sostiene que las niñas pobres de la amazonia son violadas por falta de bombachas. Esta serie de decisiones propias de la política sexual sobre cómo la infancia entra en la agenda

de la seguridad, y sobre cuáles infancias lo hacen y de qué modos, tiene su correlato en las políticas segregacionistas de Trump, también erigidas como “la” promesa de campaña discursivamente más destacada.

Desde 2018, con la política de tolerancia cero a la inmigración clandestina implementada por Trump y el fiscal general, Jeff Sessions, los centros de detención de inmigrantes ilegales y de “cuidados” de niñxs inmigrantes se multiplicaron exponencialmente, llevando al gobierno a licitar nuevos espacios de detención. La criminalización inmediata de poblaciones enteras, que pasan a estar penalmente procesadas en el acto, su usufructo como parte de corporaciones que venden servicios, productos y espacios –una nueva extensión terciarizada del complejo industrial carcelario–, y la minorización de padres y madres que son separadxs de sus hijxs llega a un punto cumbre en la construcción de estos campos de concentración de menores. Niñxs que van desde la edad de lactancia hasta la adolescencia, hacinadxs, mal alimentadxs y vestidxs, que conviven con las luces prendidas de forma permanente, sin asistencia psicológica, ni baños regulares, sin saber dónde están ni ellxs ni sus padres y sin que la comunidad internacional pueda localizarlos –supuestamente este dato se esconde por cuestiones de seguridad nacional–. Si bien, tal y como lo menciona la abogada especializada en inmigración Elora Mukhejee, “la crueldad es intencionada, es una política de gobierno” hay que remarcar que estas prácticas están atravesadas por la discrecionalidad absoluta de los agentes de seguridad que deciden a qué edad se ingresa en la peligrosa categoría de “niños extranjeros no acompañados”. Sorteando las implicancias de los acuerdos internacionales que sostienen el borde de la categoría de niñez en los 13 años y produciendo la categoría de “no acompañamiento” al separarlos de sus familias. Ningún punto del pánico moral que el gobierno de Trump despliega para desfinanciar organizaciones vinculadas con la legalización del aborto (cfr. *Gag Rule*) llega a cruzarse con la hipersexualización de estxs niñxs: en celdas donde adolescentes de 13 y 14 años deben cambiar los pañales de criaturas y donde nadie controla los sistemáticos abusos de los guardias.

Si el sexismo de la campaña de Bolsonaro estuvo signado por su debate en torno al “kit gay” y sus dichos sobre la necesidad de vuelta a la familia tradicional heteronormada frente a la promiscuidad queer –apareciendo tanto el trabajo sexual gay, como la pornografía como elementos a combatir, características típicas del pánico sexual–, el sexismo de Trump estuvo desde sus inicios marcado por una fuerte misoginia y ataque a los derechos de las mujeres. Es interesante percibir que esto ha sido decodificado en Norteamérica más que como un pánico sexual como un clásico pánico moral (Cohen, 2002) donde la xenofobia, el clasismo y el racismo revisten sistemáticamente las declaraciones misóginas y guetificantes. La burla a la voz chillona de Hilary Clinton, a quién Obama se la habría “metido doblada” (Trump dixit) cuando perdió las elecciones en 2008; el vituperio a las congresistas de ascendencia musulmana, palestina y latina a las que les indica que “vuelvan al país del que vinieron” por ser “débiles e inseguras”; el sarcasmo sobre la apariencia de Carly Fiorina, su contrincante en la interna republicana; las numerosas denuncias por acoso sexual. Estos casos, entre otros tantos que conforman la idiosincrasia del presidente, dan cuenta del desarrollo de un discurso explícito, relajado y consciente de sí, de una misoginia que reivindica la virilidad blanca norteamericana. Hacemos, además, esta distinción entre pánico moral y pánico sexual, porque es una diferencia que los poderes punitivos de ambos Estados hacen entre la persecución de cuerpos y de prácticas. Si Bolsonaro identifica lo queer y feminista como el enemigo –llegando a pedirle a su ministro de educación que prohíba “la ideología de género” en las escuelas–, en el caso de Trump es la feminización –encarnada en las mujeres cis como representación masiva– lo que se presenta como el peligro de la república. Si en Brasil el Estado pone a disposición todo el aparato represivo –legal e ilegal– al servicio de la coacción y control de estas poblaciones disidentes, en Estados Unidos es la arenga presidencial la que invita al brazo civil armado a intervenir en las movilizaciones y los espacios de encuentro feministas y LGBTTTIQ.

En ambos casos está en disputa un ideal de nación blanca, de un masculinismo cis y heteronormado pero las tradiciones políticas sobre las que se basa esta “defensa” son muy distintas. En Estados Unidos el temprano proceso de reconocimiento y asimilación estatales de muchos colectivos gays y lésbicos hace que

la cuenta de la disidencia interna sea muy distinta, el ser nacional pareciera poder sobreponerse a cualquier otra diferencia en tanto posibilidad (y necesidad) de resistencia y las disidencias tienen que recordar cómo, en palabras de Dean Spade, *Sus leyes nunca nos harán más seguros*:

Cada vez más, las personas queer y trans son solicitadas para medir nuestro status de ciudadanía, partiendo de sí, dentro de las jurisdicciones en las cuales vivimos, existen legislaciones anti-crímenes de odio que incluyen orientación sexual e identidad de género. Organizaciones de derechos gays y lésbicos nos dicen que pasar por esta legislación es la mejor manera de responder a la violencia continua que afrontamos –que necesitamos hacer público y de público conocimiento nuestra victimización, y exigir que eso importe, incrementando la vigilancia y el castigo para ataques homofóbicos y transfóbicos. Las leyes de crímenes de odio forman parte de la promesa mayor de los sistemas punitivos criminales de mantenernos a salvo y resolver nuestros conflictos. (Spade, 2018: 23)

Obviamente que esta asimilación no es de ningún modo completa, como bien marca Spade, y no llega a travestis y trans latinxs, negrxs, pobres, (in)migrantes, etc., sobre quienes cae todo el peso de esas legislaciones punitivas. Es decir, los contornos hipersexualizados y racializados de la ciudadanía nacional.

En Brasil, como sucede en muchos de los países tercermundistas, el carácter de desecho del capitalismo de los cuerpos feminizados y queer se resiste de otro modo a las migajas estatales, de un bienestarismo que hace ya mucho tiempo cayó en desgracia y que nunca llegó a incluirlos como ciudadanxs de pleno derecho. Esta peculiaridad reside, por una parte, en la fuerte interseccionalidad (Fraser, 2019) de ciertas luchas raciales, étnicas, clasistas, sexuales que sigue siendo una característica de las resistencias. Como se puede observar en las consignas de las manifestaciones contra Bolsonaro; en los programas de los congresos internacionales feministas más importantes (Fazendo gênero y Desfazendo gênero); en las proclamas de trabajadorxs sexuales, de mujeres indígenas y afrodescendientes contra el racismo patriarcal y extractivista, de travestis, gays y lesbianas contra el gatillo fácil, etc. La enorme precariedad de esas vidas que están separadas del resto por brechas cada vez más abismales pero que conforman sin lugar a dudas, mal que le pese a Bolsonaro, la estructura ciudadana, visible y reconocible, de la tropicalia brasilera donde hay una tradición de conquista del espacio público de esos cuerpos y deseos abyectos. La apuesta desafortunada de este nuevo fascismo es la borradura de ese entramado. Lo LGBTTTTIQ, al igual que lo negro, lo del norte y lo indígena, no tiene en el ideal reaccionario de nación brasilera un lugar a negociar, ni como exotismo ni como elemento cosmopolita. Así Bolsonaro afirma en el mismo tono “Brasil no puede ser un país del mundo gay”, “indios hediondos, no educados y no hablantes de nuestra lengua”; “los afrodescendientes no hacen nada, no sirven ni como reproductores”.

Todo lo que puede ser dicho y hecho: *fake news* y sexismos molares

Otro punto de encuentro es que en ambos casos las campañas del odio se sirvieron de las redes para ganar, fogonear e incluso para formar un electorado reactivo, ultraconservador, que logró vincular su descontento personal con una crítica desatada a los movimientos feministas, sociales, LGBTTTTIQ, ecologistas, raciales, más activos. Las redes utilizadas para tales fines (*Facebook*, principalmente, en el caso de Trump, y *WhatsApp* y *Twitter* en el caso de Bolsonaro) conjugaron apologías del odio, muchas veces sostenidas por fuertes discursos clericales de reivindicaciones tradicionalistas, con masivas cantidades de *fake news* –varias de ellas de una desconcertante despreocupación por la verosimilitud– recostadas en la impunidad del anonimato. El bombardeo en las redes incluso fue más fuerte que el mediático –recordemos que Bolsonaro gana con la *O globo* en contra– y el ataque a la moralidad –que iba desde las denuncias por corrupción a Lula Da Silva y Dilma Rousseff, hasta la corrosión del poder del padre de familia– volvió a blandirse como una bandera política que justificaba acciones excepcionales. Es interesante recordar cómo ni Trump ni Bolsonaro eran en sus campañas los candidatos de los medios masivos de comunicación, y cómo siendo representantes no dilectos de sus respectivos *establishment* lograron elecciones inusitadas.

En este punto, nos importa volver sobre las explicaciones de ese éxito, repitiendo que no partimos de la suposición de una derechización de la sociedad sino de un agotamiento y frustración de/sobre las opciones electorales de la democracia liberal que redundan en una suerte de hartazgo sobre ciertas prácticas políticas. Hacemos referencia a la “derechización de la sociedad” cuando hablamos de la hipótesis analítica que señala que el éxito electoral de candidatos como Jair Bolsonaro, Mauricio Macri y Sebastián Piñera, así como el ascenso al poder del Grupo de Lima, se debe a un proceso de transformación conservadora de la sociedad civil. Este cambio ha sido llamado por ciertos analistas como “el giro a la derecha de América Latina” en rechazo a los “populismos” de alta intensidad del ciclo anterior (Svampa, 2016; Ardit, 2009). Preferimos interpretar que, por ejemplo, la corrupción y la crítica a los privilegios de la casta política profesional logran articular, como constante transversal, discursos sexistas y racistas que no necesariamente forman parte de la intencionalidad total del voto pero pre-existen como lugar común, entretelados con los sentimientos de malestar económico y político. Algunos indicios que permiten desarmar esa hipótesis analítica y afianzar la noción de que la ciudadanía vota de acuerdo a las posibilidades del sistema electoral y no acorde a un sistema nítido y coherente de convicciones, son las grandes movilizaciones populares que han enfrentado esos gobiernos desde sus inicios y la fuerte imagen negativa con la que se sostienen. Este efecto centrífugo es posible gracias a una profunda despolitización de ciertos sectores y a la crisis de representación de los partidos de masas personalistas con plataformas laxas en permanente negociación. De hecho, esto caracteriza la obsesión de Bolsonaro por defender su carácter de *outsider* de la política –a pesar de estar en la cámara desde 1989, siendo antes concejal–; al igual que la tendencia de Trump a presentarse como un empresario exitoso, insistiendo en la idea de que la política son los negocios por otros medios. En este sentido Toni Negri comenta refiriéndose a las elecciones brasileñas:

ellos no votaron por el fascismo, sino más bien por el fin de la corrupción y de la inseguridad, en una coyuntura crítica para su vida que, en realidad, una parte de la población le imputaba al PT. No es difícil pensar que la motivación racista y la defensa de la familia (ver la absurda polémica sobre la cuestión de género) conformaron el coágulo fascista de ese malestar. Es una profecía fácil decir que, como ya señalamos, Bolsonaro no logrará instituir su gobierno como régimen. (Negri, 2018)

Difiriendo sobre el carácter “absurdo” de la polémica sobre el género, insistiendo en su centralidad como política pública y motor de gobierno, podemos a su vez coincidir con el resto de este diagnóstico; siempre y cuando hagamos la salvedad de que lo que difiere no sólo es el recrudecimiento del nivel de violencia sino, también, la permanente ritualización de su aceptación por parte de la casta política. Una habilitación que no cesa de dar signos, a pesar de que efectivamente la imagen pública de Bolsonaro comenzó a caer en picada después de los primeros tres meses de gobierno. Cuando Negri (2018) sostiene que Bolsonaro gobernará con “una leve reducción (salvo contra la población negra) de las libertades civiles y a través de la gobernanza de la Constitución existente”, debemos señalar que si bien es cierto que la Constitución sigue en pie, también lo es el asesinato a sangre fría de la dirigente Marielle Franco –cuya investigación develó los vínculos entre los sicarios y la familia de Bolsonaro–, las sucesivas amenazas de muerte al diputado Jean Wyllys –obligado a exiliarse–, junto con un número cada vez más descomunal de asesinatos a referentes populares y personas LGBTTTIQ. A la vez que las reducciones a las libertades civiles no han sido exactamente menores si pensamos en los enormes recortes económicos e intervenciones políticas que laceran completamente la autonomía en las instituciones educativas y culturales, así como el desguace de programas sociales.

Podemos también considerar que esta es una característica de las formas de la gobernabilidad neoliberal actual que conjuga los mecanismos de represión micro –como los procesos de endeudamiento, la connivencia con una expulsión sistémica y los placebos de un peligroso punitivismo inclusivo y diverso– propios del empresariado de sí, con la violencia más exuberante e impune de los aparatos represivos estatales y paraestatales. Pero, nuevamente, al hacer una comparación entre el gatillo fácil y las *razzias* brasileñas y el desboque de los asesinatos colectivos a comunidades raciales, étnicas y sexuales en Norteamérica desde la era Trump –y la continuidad de la impunidad policial para dar muerte a lxs jóvenes negrxs, latinxs y árabes– tendríamos que interponer a la misma la importante salvedad del uso público y

político que se hace de esas muertes. La pena –incluso con la selectividad fascista sobre las muertes a ser lloradas y las que no (Butler, 2006; Ahmed, 2012) – y la reivindicación de la capacidad de dar muerte al interior de sus fronteras, como gestos de gobierno, son distintos. Más allá de que ambos discursos colaboren con el accionar de grupos supremacistas mediante sus apologías sexistas, racistas y xenófobas de la violencia justa, la producción de estos sujetos aterrados y aterradores es diferente. En términos de Guattari, lo que diferencia al microfascismo del macro no es necesariamente la escala de la agresividad sino su relación con la visibilidad. Los microfascismos son aquellas prácticas, discursos y movimientos que sostienen un orden en los puntos donde la ley no llega, funcionando como parte del sentido común, y fusionándose con esa potencia del silencio mecánico. En los casos de estas apologías acompañadas de acciones estamos ante otro nivel de cristalización del proceso.

Por ello es que el concepto de microfascismos se queda tan corto y no llega a dar cuenta de la envergadura de las formas de utilizar la violencia por parte de los nuevos gobiernos de derecha, ya sean estos observados como neofascistas o postfascistas o como parte de un nuevo despliegue autoritarios y punitivista del propio neoliberalismo (Davies, 2016; Brown, 2018). Pero en cualquiera de estos diagnósticos el carácter sexista y molar de la violencia es evidente, en palabras del escritor Gabriel Giorgi en un post de *facebook*:

Los fascismos contemporáneos ya no son “microfascismos”: son macro y son molares, tienen palabra pública, producen subjetividad a escala mayor. Esos fascismos no son sólo un retorno del mito nacionalista o de la pureza racial sino sobre todo una restauración masculinista: el gobierno de los machos como promesa mesiánica de un Nuevo Orden. Ahí se revela (retrospectivamente incluso) la escala de “liberación de futuros” que se cocina en las luchas feministas, trans y queer, y que retornan como anacronismos potentes. Y la potencialidad de los feminismos como laboratorios antifascistas del presente. Por eso, #elenão “El” es mucho más que Bolsonaro. Es un cuerpo, un género y una gramática. (Giorgi, 2018)

Luego nos ocuparemos de las características peculiares de esta resistencia al nuevo orden, consideramos necesario antes detenernos en el cruce entre el boom de las *fake news* y esta “restauración del orden masculinista” de la que habla Giorgi. No porque consideremos que hay una relación causal inmediata y mecánica entre orden mediático y producción de las subjetividades que se suman a esta reacción del terror sino porque consideramos que la explosión de este dispositivo político de noticias falsas es altamente sintomático en la construcción de un orden erigido sobre una permanente especulación sobre lo real, lo verdadero y lo plausible. Especulación sobre la labilidad de las ficciones y los mecanismos de veridicción con consenso social que rigen nuestras vidas, y que tal y como la especulación financiera es propia de un pacto de caballeros (Cavallero y Gago, 2019). Nos interesa, por ende, señalar el carácter sexista, anti-pobre y racializado del uso de este dispositivo.

Antes de que el Donald Trump caribeño llevara este instrumento a un nuevo nivel, sabemos que el 70% de las declaraciones del candidato republicano estadounidense en campaña eran “falsas”, “bastante falsas” o “grandes mentiras”, según un estudio realizado por *Politifact*. La emergencia y expansión del fenómeno de las *fake news* se relaciona, por un lado, a la importante falta de credibilidad de los medios masivos de comunicación, que ha generado un corrimiento en las fuentes utilizadas para informarse; se trata en su mayoría de “cables” de información en detrimento de análisis, corroboraciones y del trabajo periodístico en general. Por el otro, el impacto y la expansión de este dispositivo de desinformación se vincula también con las características de inmediatez y la facilidad de viralización de las redes sociales, asegurada por su afianzamiento en la estructura de prejuicios y creencias pre-existentes: las *fake news* reafirman lo que vos ya creés. Por ello el proceso de perfilación previo al lanzamiento selectivo de las mismas es tan central, tal y como lo ha mostrado el affaire de *Cambridge Analytica*. El uso de datos personales provistos a través nuestros movimientos en redes gratuitas para la elaboración de estas noticias falsas –que nos recuerda que cuando un servicio es gratuito el producto sos vos–, también es un uso inherentemente guetificante, racializado y sexuado. En este sentido, la *Declaración conjunta sobre libertad de expresión, noticias falsas, desinformación y propaganda* (2017), escrita al calor de esta importante explosión y que busca encontrar un

punto medio entre la libertad de expresión y la carta blanca a las apologías de odio, enfatiza que estas prácticas comunicacionales tienden a “instigar la violencia, la discriminación o la hostilidad hacia grupos identificable de la sociedad”. En un preciso informe de Femfacts para NewsMavens, titulado *How misinformation, fake news and misogyny affect equal rights and opportunities of women in regions throughout Europe* tras una investigación llevada adelante entre octubre de 2018 y junio de 2019, sintetiza que hay dos prácticas que sobresalen en las narrativas de fake news:

La cosificación u objetivación sexual de la mujer y la tendencia a justificar, banalizar, sensacionalizar e incluso romantizar la violencia contra las mujeres. Pero también ocupan un lugar: el determinismo biológico, es decir, el confinamiento de la mujer a la esfera doméstica y sexual reproductiva; la discriminación interseccional, es decir, informes donde el sexismo aparece junto a la homofobia, el racismo y otras formas de discriminación; y la reacción antifeminista, atacando directamente el nivel alcanzado de la protección de los derechos de las mujeres. (Femfacts, 2019: 13)

El debate en torno a la libertad de expresión, en este contexto, se complica aún más cuando se cruza con el derecho popular a la información: siendo esta una estrategia –la apelación a una verdad oculta– muy surcada de ambas derechas. La característica de inmediatez de las *fake news* se ve potenciada por un proceso guiado de desresponsabilización pública sobre las (des)informaciones fluctuantes, que en el mayor de los casos presenta exuberantes ganancias electorales a costo casi nulo –una punición, además, siempre desfasada donde la inocente ignorancia se arguye como escudo–. Esto nos hace preguntarnos ¿hasta qué punto lxs representantes tienen que dar cuenta públicamente de sus estados de salud (el caso de la supuesta enfermedad de Hilary Clinton, sobre el que se exigía una confesión del cuerpo vulnerable), amorosos, familiares, etc.? ¿Cuán rápido y con cuánta minuciosidad se pueden exigir dichas informaciones? ¿Cuáles son las especulaciones en torno al tiempo y el alcance de las desmentidas? ¿En dónde radica el carácter cada vez más accesorio de los argumentos frente a una primacía axiomática de razones sensibles que son presentadas como autoexplicativas?

En la campaña de Trump el conjunto de noticias falsas lanzadas contra su oponente mujer presentaban un amplio arco que iba desde la filtración de investigaciones del FBI por una serie de correos de su cuenta personal hasta las teorías conspirativas que la tildaban de asesina (*Clinton body count*): corrupción, falta de transparencia y prácticas asesinas como parte de las malformaciones políticas de una mujer virilizada a lo *House of Cards*. Las calumnias no fueron dichas por el candidato pero sí aludidas colateralmente y, claramente, dispersadas por su campaña, hechos por los que se abre el juicio por difamación actualmente en curso. En cambio, en el caso brasilero el terrorismo verbal forma parte de la propia construcción de Bolsonaro como un personaje fuerte; son él, su familia y sus amigos quienes enuncian las noticias falsas y las amenazas. El consenso social sobre el negacionismo de la última dictadura, apoyado en una salida pactada con las fuerzas de seguridad y en la apuesta democrática a la conciliación, fue el terreno fértil para dar rienda suelta a una violencia machista fuertemente castrense. Recordemos que cuando Bolsonaro vota por el *impeachment* contra Rousseff, dedica este voto positivo al Coronel Carlos Alberto Brilhante Ustra, torturador de la ex presidenta, “o pavor de Dilma Rousseff”. Acto seguido su hijo, Eduardo Bolsonaro, diputado también, hace el signo de la metralleta sobre la bancada petista. A pesar de su furibundo negacionismo y cruzada con los organismos de la verdad y la justicia, el candidato no pierde momento para hacer terrorismo verbal como parte de su campaña y explicita “el error del gobierno del 1964 fue torturar, no matar”. El castigo no se esconde, se expone como parte de una espectacularización de la violencia viril desatada, y tal como señaló el diputado Jean Willys, aludiendo a sus amenazas por las redes sociales:

Estos ataques no venían sólo de perfiles falsos de robots. Eran perfiles de personas públicas como pastores evangélicos y fundamentalistas religiosos. Diré el nombre de uno de ellos: Silas Malafaia. Uno de los principales enemigos de la comunidad LGBT y uno de sus mayores difamadores. Y de los perfiles de la familia Bolsonaro. (Fauth y Franzen, 2019).

Resistencias feministas, conclusiones y corrimientos

El día siguiente a la toma de posesión de Trump de la investidura presidencial, el 21 de enero de 2017, mujeres y disidencias sexuales se concentraron en la impactante *Women's march* que juntó a más de 500 mil personas, la movilización social más grande del país desde la guerra de Vietnam. Una marcha que además, en su ímpetu internacionalista, logró un correlato en 87 países, con un total de 673 manifestaciones. La reacción estaba sostenida, no sólo por las expresiones sexistas de campaña, sino también por la filtración de unos videos donde el presidente hacía apología de la habilitación que le daba el poder político para “agarrar a mujeres por la vagina”. A pesar de que se movilizaron lesbianas, travestis, trans e intersex, la identidad contestataria que se enuncia en la marcha como “la” oposición a Trump son “las mujeres”, así lo indica Angela Davis en su discurso:

Esta es una marcha de mujeres que representa la promesa del feminismo en contra de los poderes perniciosos de la violencia estatal. Un feminismo inclusivo e interseccional que invita a todos a unirse a la resistencia al racismo, a la islamofobia, al antisemitismo, a la misoginia y a la explotación capitalista. (Davis, 2017)

Así es como se estructura la oposición del feminismo masivo en contra de Trump, que busca disputar – incluso electoralmente– la hegemonía reaccionaria en el Estado, un feminismo que usa la inclusión y la promesa dentro de su matriz discursiva: es decir, un movimiento que considera de vida o muerte ingresar dentro de la cuenta del reconocimiento. Se trata de un feminismo del 99% que pareciera ampliar su base electoral en la interpelación a las nuevas generaciones y en la actual emergencia de los “socialismos millenials” que han hecho zumbiar la brújula política de las encuestadoras de cara a las próximas elecciones. De hecho la resistencia universitaria –por ejemplo para que las casas de estudio no liberen los nombres de los estudiantes indocumentados convirtiendo a las universidades en “campus santuarios” – ha sido una decidida y se ha fortalecido en los últimos años de la gestión.

Esta contra-hegemonía contestataria del colectivo de “mujeres” tiene que ver tanto con las tradiciones feministas norteamericanas desde los ‘60s; como con la direccionalidad explícita del sexismo del candidato que las coloca (racializadas y etnizadas) como el alter de una nación exitosa; como con los guiños de aceptación que el presidente dio a los colectivos de LGBT asimilacionistas desde sus inicios. Sobre este último punto es significativo recordar que Trump fue el primer presidente republicano en reivindicar los derechos LGBT en su discurso de aceptación. Sería difícil pensar en Brasil una postal como la de Trump sosteniendo la bandera del orgullo. Sin embargo, muchos sectores y referentes del movimiento queer han disputado ese uso liberal de su bandera –cfr. “Not in our name”– criticando el punitivismo, el sexismo y el racismo de la gestión, y responsabilizando a los grupos asimilacionistas de ser funcionales a un discurso occidentalizante de supremacía civilizatoria utilizado para sostener las empresas bélicas y el fortalecimiento de las legislaciones de seguridad. La insistencia en esta diferenciación también señala, por otra parte, cómo los gestos *gay friendly* del mandatario han dado paso en el último año a choques con la población trans, producto de las amenazas de recortes en las prestaciones de salud y obstrucciones para el ingreso a las fuerzas de seguridad.

En Brasil, en cambio, la marcha *Ele Não, Ele nunca*, convocada el 29 de septiembre de 2018, tras la primera vuelta de las elecciones presidenciales que mostraron la preocupante ventaja de Bolsonaro frente a Hadad, tuvo características muy peculiares. Si bien compartió el carácter multitudinario –150 mil personas marcharon en San Pablo y 25 mil en Río de Janeiro– e internacionalista con la *Women's March*, se pueden observar interesantes diferencias con ésta. Distancias inscriptas desde el frente semiótico abierto, por su enunciación en negativo que habilitaba un montón de significaciones posibles para esa misma protesta hasta la vuelta sobre la reiteración sobre los discursos del odio, negacionistas y patriarcales como un todo. No estamos diciendo que las mujeres no hayan tenido una importantísima participación en la dirección y organización de la misma, de hecho la formación de la manifestación, que impuso el hashtag #Elenao, fue la página “Mulheres Unidas Contra o Bolsonaro” en *Facebook*. Decimos que, a pesar de esto, llamativamente no es la identidad

“mujer” la que aparece como el nexo contestatario de todas las formas de feminización y minorización racializada, clasista, etnizada y sexo-genérica de la propuesta presidencial, o como el aglutinador del feminismo brasileño.

Pareciera, en cambio, que esta identificación móvil y combativa, se transforma y acompasa a las necesidades coyunturales de la resistencia. Así es como la última gran marcha feminista contra Bolsonaro, denunciando el desastre cultural, ecológico y medioambiental que el gobierno está ayudando a perpetrar en la Amazonia, fue dirigida por las indígenas y campesinas. La manifestación que tuvo lugar en Brasilia, el 12 de agosto de este año, tenía como lema “resistir para existir” y fue secundada tres días después por la multitudinaria “Marcha de las Margaritas”, también encabezada desde ese sector del feminismo. La denuncia a esta altura ya suponía los gestos microfascistas y atacaba directamente el carácter molar de este fascismo capitalista y patriarcal que está destruyendo una de las reservas de biodiversidad, agua dulce y producción de oxígeno más grandes del mundo, junto a las economías, aldeas, culturas y formas de vida de cientos de comunidades campesinas y de pueblos originarios. Los incendios provocados y descontrolados del Amazonas, impulsados por la expansión de la agroindustria, avalados por la carta blanca del Estado para el extractivismo y la depredación desatadas, han llevado a que en 2019 arda ante nuestros ojos el 17% de la Amazonía. En el medio, el presidente vuelve a responder usando *fake news* para culpar a otros, amenazando cual matón a la comunidad internacional que cree que hay que intervenir y, finalmente, corriendo el eje del desastre mediante acusaciones que apelan a un nacionalismo “soberano”. En cada gesto machismo y capitalismo se entrecruzan como estrategias para garantizar la perpetuación de la máquina de devastación, es completamente comprensible por ende que esta sea la nueva lucha del feminismo brasileño, cuando no de los feminismos en general que sostienen que “ya no queremos ser esta humanidad”. De modo, que a la movilidad de sujetxs que van hegemonizando los distintos frentes de batalla, se le sumó la movilidad en los objetos de preocupación:

La pérdida de dicho objeto no es el fracaso del activismo feminista, sino un indicador de su capacidad para moverse o para convertirse en movimiento. (...) La pérdida de objeto, más que su creación, es lo que permite que el feminismo se convierta en movimiento, en tanto abre posibilidades de acción que no están limitadas por aquello en contra de lo que luchamos en el presente. (Ahmed, 2012: 267) Este elemento es importante para señalar, en medio de estas situaciones de emergencia y de preocupante desazón, que el fascismo no es lo único que muta, nosotrxs también lo hacemos; y que la construcción de contra-hegemonía no necesariamente se vincula con la estructuración de un partido feminista, o de una apuesta electoral feminista, sino con la capacidad de articulación y mutación para poder cruzar las distintas formas de la resistencia, incluso las que reniegan de estas formas famélicas de democracia.

El ascenso inesperado de estos dos candidatos fascistas al poder, con una base electoral endeble y poco representativa, nos indica tanto la reacción a territorios subjetivos y sensibles políticamente conquistados por las resistencias que no pueden traducirse en una apuesta electoral en estas democracias neoliberales; como las características brutales y suicidas de esta nueva fase del capital que necesita sociópatas en el poder para cumplir con su programa de saqueo y exterminio. Siendo el feminismo uno de los más relevantes movimientos de masas capaz de presentar algún tipo de resistencia que persista durante el tiempo, es evidente la inquina con el mismo y la elección de éste para hacer de contradestinatario del discurso rechazante. A lo largo de este trabajo hemos intentado observar, a través de las afirmaciones presidenciales y de la producción de *fake news*, cómo esa construcción política de adversidad asume características específicas en estos dos escenarios nacionales; dependiendo también de sus tradiciones combativas, sus bases sociales, sus procesos de asimilación, el fervor del racismo y las características de las otras apuestas políticas y electorales que aparecen de contrapeso.

También hemos buscado volver, mediante el trabajo sobre la sexuación de los dispositivos infocomunicacionales y sus estrategias de poder, sobre el vínculo entre estos ascensos y algo que podríamos enunciar como la decadencia de la verdad –invirtiendo a Oscar Wilde–. Es decir, el abandono de

todo régimen de veridicción que se separe de lo intuitivo, en el medio de un desarme completo de los mecanismos sociales empáticos de la intuición. Estos han sido reemplazados por un terror que solo produce más terror; por preocupaciones vecinalistas, domésticas, cortoplacistas, atiborradas de diagnósticos prejuiciosos y de males conocidos. El pánico social y sexual aparecen inscriptos como argumentos para la urgencia de una acción despiadada, irreversible y de efecto inmediato. Frente a estos corrimientos cobran nuevo valor las reivindicaciones feministas de políticas del deseo disidente y de un cuidado, de sí y de lxs otrxs, entendido en términos que no sean los de la punición legal y policial. Como grafitearon las mexicanas en el monumento al policía –tras conocerse los casos de violación por parte de la fuerza–, todo teñido de un fucsia estridente, “a mí me cuidan mis amigas, no la policía”.

Bibliografía

- A.A. V.V. (2019). *How misinformation, fake news and misogyny affect equal rights and opportunities of women in regions throughout Europe*. Recuperado de: https://newsmavens.com/doc/Femfacts_final_report.pdf?fbclid=IwAR3YGiCbGqlhsM3Jx4T_WllivEfNASK5KUbULrcNLiNiOPZ06jufQEM7JFE Ahmed, S. (2012). *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México, México: UNAM.
- Arditi, B. (2009). El giro a la izquierda en América Latina: ¿una política post-liberal? *Ciencias Sociais Unisinos* (sep-dec). Doi:10.4013.
- O Globo. (2019). *Compilación de O Globo “Os insultos de Jair Bolsonaro. Todas as ofensas do presidente”*, visitado el 22-8-19. Recuperado de: <https://infograficos.oglobo.globo.com/brasil/os-insultos-dejairbolsonaro.html>
- Butler, J. (2006). *Vidas precarias. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Butler, J. (2019). El ataque contra la “ideología de género” debe parar. Trad. R. Berkes y J. Bloch. *Revista Bordes*. Recuperado de: <http://revistabordes.com.ar/el-ataque-contra-la-ideologia-de-generodebeparar/>
- Cavallero, L. y Gago, V. (2019). *Una lectura feminista de la deuda*. Buenos Aires, Argentina: Tinta limón.
- Cohen, S. (2002). *Folk devils and moral panics: The creation of the mods and the rockers*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Daich, D. (2013). De pánicos sexuales y sus legados represivos. *Zona Franca. Revista del Centro de Estudios Interdisciplinario sobre Mujeres*, Año XXI, N° 22, pp. 31-40.
- Davies, W. (2016). Neoliberalismo 3.0. *New left review*. N° 101, pp-129-145. Recuperado de: <https://newleftreview.es/issues/101/articles/william-davies-el-nuevo-neoliberalismo.pdf>
- Davis, A. (2017). *Discurso en la Marcha de Mujeres del 21 de enero de 2017 en Washington DC*. Trad. Lorena Mans. Recuperado de: <http://www.resumenlatinoamericano.org/2017/01/25/ee-uu-eldiscursocompleto-de-angela-davis-en-la-marcha-de-las-mujeres/>
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, España: Pre-textos.
- Fauth, L. y Franzen, N. (2019). Entrevista a Jean Wyllys por el Neues Deutschland. 23-2-19. Traducido y reproducido por La diaria. Recuperado de: <https://findesemana.ladiaria.com.uy/articulo/2019/2/jeanwyllys-desde-berlin-mi-vida-no-valia-nada/>
- Fraser, N. (2019). ¡Contrehegemonía ya! Por un populismo progresista en frente al neoliberalismo. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Garramuño, F. (2019). *Brasil canibal. Entre la bossa nova y la extrema derecha*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Giorgi, G. (2018). No fuimos demasiado lejos. *Página 12*. Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/150953-no-fuimos-demasiado-lejos>
- Guattari, F. (2017). *La revolución molecular*. Madrid, España: Errata Naturae.
- Morgan, E. (2006). *La invención del pueblo*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Negri, T. (2018). Un fascista del siglo XXI. Trad. M. Gainza, *Lobo suelto*. Buenos Aires. Recuperado de: <http://lobosuelto.com/un-fascista-del-siglo-xxi-toni-negri/>
- Rolnik, S. (2009). Para una crítica de la promesa. En Colectivo Situaciones (comp.), *Impasse: dilemas políticos del presente* (pp. 47-69). Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.
- Rubin, G. (1989) Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En Flores, V. (ed.), *Gayle Rubin. En el crepúsculo del brillo* (pp. 69-146). Córdoba, España: Bocavulvaria.
- Segato, R. y Negri, T. (2018). Saberes útiles contra el fascismo. Rita Segato y Toni Negri sobre Brasil. *Lobo Suelto*. Buenos Aires . Recuperado de: <http://lobosuelto.com/?p=22325>.
- Spade, D. (2018). Sus leyes nunca nos harán más segur*s. En Cuello, N. y Morgan Disalvo, L. (Comps.), *Críticas sexuales a la razón punitiva*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Precarias.
- Svampa, M. (2019). América Latina: Fin de ciclo y populismos de alta intensidad. En Gómez Campelo E. y Cifuentes García M. (coords.), *Nuevas concepciones sobre el desarrollo en América Latina*. Burgos, España: Universidad de Burgos.
- Vance, C. (1989). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid, España: Ed. Revolución.

¿Cómo se cita este artículo?

Arbuet Osuna, C. y Cáceres Soforza, S. (2019). ¿Microfascismos? Sexualidades, *fake news* y nuevas derechas (Trump-Bolsonaro). *Revista Sociedad*, N° 39. Recuperado de [link].